



Acogida de la Cruz de los Jóvenes

Queridos hermanos, queridos jóvenes:

Con profundo gozo y con viva esperanza acogemos hoy en esta Parroquia de Cantalapiedra la Cruz de los Jóvenes, que viene a visitar nuestra Diócesis de Salamanca para darle nuevo aliento en su tarea pastoral con los jóvenes y prepararla así para la más fructífera participación en la Jornada Mundial de la Juventud, a celebrar en Madrid en agosto de 2011.

Saludo cordialmente a los señores párrocos de Cantalapiedra y de todas las parroquias del arciprestazgo de Peñaranda, a los catequistas, profesores de religión y colaboradores pastorales, y a todos los fieles que tomáis parte en esta celebración. Os saludo con especial afecto a vosotros, los jóvenes, que, al recibir hoy la cruz, confesáis vuestra fe en Aquel que os ama sin medida, el Señor Jesús, cuyo misterio pascual vamos hacer presente en esta Eucaristía.

Nosotros formamos parte del incontable número de personas que se sienten dichosas por haber creído en el Señor sin haberle visto y sin haber tocado las señales de su pasión. Pero también para nosotros es posible un contacto sensible con Jesús a través de los signos de su presencia permanente entre nosotros: la Palabra, los Sacramentos, la Iglesia, los pobres y, hoy de forma especial la Cruz de los Jóvenes.

El encuentro con esta Cruz, que tocamos y vamos a llevar a varios lugares significativos de nuestra vida, ha de ser señal de un encuentro interior con Aquel que en la Cruz entregó su vida por todos nosotros. Es gozoso saber que habéis recibido esta Cruz para llevarla en procesión también por las calles de la ciudad de Salamanca y plantarla incluso en medio de la Plaza Mayor, para que sea reconocida, respetada y venerada.

Sentido de la Cruz de Cristo

Os animo, por tanto, a descubrir en la Cruz la medida infinita del amor de Cristo, y poder decir así, como san Pablo: “ vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gá 2, 20). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la Jornada Mundial de la Juventud alcanzará su fruto: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Seguid a Cristo



Para ello os exhorto hoy vivamente a renovar vuestra decisión de seguir tras las huellas de Cristo o a iniciar o intensificar vuestra búsqueda, como aquellos griegos que en Jerusalén manifestaron a Felipe y Andrés: “Quisiéramos ver a Jesús” (Jn 12, 21).

Andrés tenía experiencia personal de haber buscado a Jesús, orientado por Juan el Bautista, y había escuchado la pregunta de Jesús: “¿Qué buscáis?”. Andrés había respondido con una pregunta: “Maestro, dónde vives”. Había seguido la invitación de Jesús: “venid y lo veréis”; se había ido con él y había permanecido en su compañía todo el día. Así, en la cercanía de Jesús, le reconoció como Mesías y pudo llevar a su hermano Simón al encuentro con Él. (cf Jn 1, 35-42).

La expresión “Quisiéramos ver a Jesús” tiene un sentido muy cercano a la pregunta que en el Evangelio hoy leído dirigió uno a Jesús: “¿Serán muchos los que se salven?”. Esta pregunta expresa la relación íntima entre “ver a Jesús”, conocer su enseñanza, y “salvarse”. A Jesús no se le busca para otra cosa, como lo expresó también aquel joven que le preguntó: “Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?” (Mt 19,16; Mc 10,17; Lc 18, 18).

¿Qué respondió Jesús a la petición: Quisiéramos ver a Jesús? El Evangelio no narra que hubiera un encuentro entre aquellos griegos y Jesús. La respuesta del Maestro tiene un alcance más amplio que la preocupación de aquellas personas e indica el camino del seguimiento, al que llama a todos sus discípulos: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna” (Jn 12, 24-25).

Quien quiere vivir sólo para él mismo, tener todo bien dispuesto para su provecho y explotar a su favor todas posibilidades que se le vayan presentando, éste precisamente pierde la vida. El egoísmo se la vuelve tediosa y vacía. Solamente en la entrega de la propia vida al amor de Dios, nuestra vida se engrandece. El amor verdadero, en efecto, significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo, pensando ¿qué será de mi?, sino mirar hacia fuera, hacia Dios y hacia los hombres que él pone a mi lado. Y este camino del amor es el despliegue del misterio de la Cruz de Cristo.

A la pregunta: ¿Serán muchos los que se salven?, ha dado Jesús una respuesta semejante: “Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: “Señor, ábrenos” y él os replicará: “No sé quiénes sois”. Entonces comenzaréis a decir: “Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas”. Pero él os replicará: “No sé quienes sois. Alejaos de mi, malvados”.

Jesús sólo reconoce la voz y la vida de los que han entrado por la puerta estrecha, es decir, de lo que le han seguido como discípulos auténticos negándose a sí mismos y



Carlos López Hernández

cargando con su cruz (cf Mt 16, 24). A estos discípulos, Jesús los declara dichosos y alegres por la esperanza de la recompensa eterna en el cielo (cf Mt 5, 1-12). E incluso les asegura que su yugo les resultará suave y su carga ligera, si aprenden a seguirle con un corazón sencillo y humilde, semejante al suyo (Mt 11, 29-30). El amor derramado en el corazón de los discípulos por el Espíritu Santo es la fuerza que hace suave el andar por el camino estrecho y transforma el peso de la cruz en carga suave.

Así Jesús se nos hace vida, camino y meta y nos invita por medio del apóstol Pablo a permanecer firmes en la fe, arraigados y edificados en él (cf Col 2,7). Como piedras vivas de su Cuerpo, que es la Iglesia.

Para ello, os invito a formaros en la fe que da sentido a vuestra vida y a fortalecer vuestras convicciones cristianas frente a las ofertas de vida más fácil, que de forma seductora y engañosa se os presentan cada día.

Os exhorto, además, a que, en el camino hacia Cristo, sepáis atraer a vuestros jóvenes amigos, compañeros de estudio y de trabajo, para que también ellos lo conozcan y lo confiesen como Señor de sus vidas. Para ello, dejad que la fuerza de lo Alto que está dentro de vosotros, el Espíritu Santo, se manifieste con su inmenso atractivo. Los jóvenes de hoy necesitan descubrir la vida nueva que viene de Dios, saciarse de la verdad que tiene su fuente en Cristo muerto y resucitado y que la Iglesia ha recibido como un tesoro para todos los hombres.

Dichosos de pertenecer a la Iglesia

El tiempo de preparación para la Jornada Mundial de la Juventud es una ocasión propicia para experimentar también la gracia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de juventud permanente.

Quien ama a Cristo, ama a la Iglesia con una misma pasión, pues ella nos permite vivir en una relación estrecha con el Señor. Por ello, cultivad las iniciativas que permitan a los jóvenes sentirse miembros de la Iglesia. Orad en común, abriendo las puertas de vuestras parroquias, asociaciones y movimientos para que todos puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa. Celebrad y vivid vuestra fe con inmensa alegría, que es el don del Espíritu. Así, vuestros corazones y los de vuestros amigos se prepararán para celebrar la gran fiesta de la Jornada de la Juventud y todos viviremos una nueva manifestación de la juventud de la Iglesia.

Estilo del amor de Cristo

En estos días de la Visita de la Cruz y del Icono de María os animo a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino «a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45). Este es el estilo del amor de Cristo, marcado con el signo de la cruz gloriosa, en la que Cristo es exaltado, a la vista de todos, con el corazón abierto,



Carlos López Hernández

para que el mundo pueda mirar y ver, a través de su perfecta humanidad, el amor que nos salva.

La cruz se convierte así en el signo mismo de la vida, pues en ella Cristo vence el pecado y la muerte mediante la total entrega de sí mismo. Por eso, hemos de abrazar y adorar la cruz del Señor, hacerla nuestra, aceptar su peso como el Cireneo, para tomar parte en el sacrificio de Cristo, para la redención de toda la humanidad. En el Bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo. Hacedos cada vez más dignos de la cruz y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con esta actitud profundamente cristiana, llevaréis adelante la preparación para la Jornada Mundial de la Juventud con éxito y fecundidad, porque, según dice san Pablo, todo lo podemos en Aquel que nos da la fuerza (cf. Flp 4, 13). Y en Cristo crucificado se nos han manifestado la fuerza y la sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1, 14).

Con la protección de la Santísima Virgen María, dejaos invadir de esta fuerza y sabiduría y comunicadlas con alegría a los demás.

Cantalapiedra, 27 octubre 2010